

Encuentro de los intelectuales cubanos con Fidel Castro

(Fragmentos de la primera sesión)

Biblioteca Nacional, La Habana, 16 de junio, 1961

[MODERADORA/EDITH GARCÍA BUCHACA] Señor Presidente, señor Primer Ministro y señor ministro de Educación, señores de la mesa, compañeros: Como ustedes saben, esta reunión se ha citado por interés del señor Presidente de la República y del señor Primer Ministro, para tener una conversación con los intelectuales y artistas que han sido invitados, con la finalidad de conocernos un poco mejor todos. El señor Presidente de la República va a dirigirnos la palabra.

[PRESIDENTE/OSVALDO DORTICÓS] Compañeros: Antes que nada, una confesión previa, y es que una reunión de esta naturaleza es una reunión entre amigos y entre compañeros, ya que todos los que estamos aquí pertenecemos a la dirección del Gobierno Revolucionario, por lo que estamos acostumbrados a asistir a muchos actos y a muchas reuniones. Podemos confesar que hablamos ante ustedes con cierta timidez, precisamente porque no somos intelectuales. Esa es nuestra confesión especial y, muy especialmente, explicar cómo surgió la idea de esta reunión, cuáles son los propósitos de la misma. El Gobierno Revolucionario, desde los inicios, tenía plena conciencia de cuáles eran las características fundamentales de la vida cultural cubana al momento de producirse el triunfo de nuestra Revolución, cuáles sus deficiencias, las influencias que habían enervado una vida cultural sana, una vida cultural ajustada a las necesidades históricas del pueblo cubano, y esa preocupación nos asistió siempre. Pero es indudable, en orden a las tareas más emergentes que confrontó el Gobierno Revolucionario, y a la necesidad de establecer siempre prioridades en la realización de estas tareas, que no habíamos tenido oportunidad, ocasión y tiempo para intervenir en forma personal en los problemas de la cultura. No obstante, yo creo que no es necesario señalarlo ante ustedes, que fundamentalmente han sido protagonistas de las realizaciones culturales que han surgido emergentes precisamente de esta etapa de construcción revolucionaria. Pero no es menos cierto que no se había establecido hasta ahora una íntima y directa comunicación humana entre los escritores, los artistas, los músicos (en fin, entre los intelectuales) y la dirección del Gobierno Revolucionario, y que una conversación

como ésta que hemos querido propiciar esta tarde hacía falta: fue una iniciativa del compañero Fidel, que al fin estamos llevando a vías de hecho.

No es el propósito de mi intervención, al hablarles al comienzo de esta reunión, considerar con carácter polémico los problemas de la cultura, las relaciones de la cultura y de un proceso revolucionario entre la cultura y el pueblo (creo que eso debe ser objeto precisamente de la más libre discusión, de la más libre intervención de todos y cada uno de ustedes), sino sencillamente abrir con mis palabras esta discusión, estimular esa discusión para que puedan fijarse posiciones y para que puedan producirse esclarecimientos recíprocos. Es decir, para que podamos todos obtener, en un diálogo cordial y amistoso, el esclarecimiento en torno a las orientaciones cardinales de la vida cultural de Cuba en esta etapa revolucionaria.

Creemos, eso sí, y esto constituye para nosotros cuestión de principio incontrovertible, que la cultura debe de estar al servicio del pueblo. Lo que vale tanto como decir que debe de estar al servicio de la Revolución, y que los hombres que protagonizan la vida intelectual de un país (es decir, los intelectuales, los artistas) no pueden, claro, desasirse de la grave responsabilidad histórica de poner sus talentos, sus capacidades artísticas y su sensibilidad, al servicio del pueblo y de la Revolución. Y esto puede hacerse (entendemos nosotros) por diversos cauces y aprovechando todos los matices. Queremos con esto afirmar antes que nada, como declaración previa, que el hecho de que entendamos (como efectivamente entendemos) que la cultura debe de estar al servicio del pueblo y de la Revolución, debe ser, a la vez que un fin de la Revolución, un instrumento de la Revolución misma.

No es menos cierto que estamos perfectamente conscientes (y nos adherimos con firmeza a este criterio) de que las manifestaciones de la cultura, de la literatura, del arte y de la música, pueden producirse por cauces estéticos, por modalidades diversas, y que caben dentro de este propósito central todos los matices.

Lo único que a nuestro juicio no debe caber, no son las distintas expresiones formales, sino la producción o manifestación literaria o artística que en alguna forma no coadyuve al progreso de nuestro pueblo o de nuestro país, o que en alguna otra forma pueda entorpecer ese progreso y el desarrollo de nuestra Revolución. Fundamentalmente, más que a orientar (lo declaramos con absoluta modestia), venimos aquí a ser orientados por ustedes, a discutir para arribar a conclusiones. Dentro (repito) de un diálogo que debe ser totalmente cordial, de un diálogo entre amigos, entre compañeros y entre revolucionarios.

Dichas estas palabras y aclarada cuál es nuestra posición inicial, tenemos una gran aspiración (y de eso hablábamos el compañero Primer Ministro, el ministro de Educación y yo), y esa aspiración es que en esta reunión todos hablen, todos expresen sus criterios, nadie guarde silencio, y que todas las cuestiones del arte y de la literatura, por polémicas

que éstas sean, no ya en el orden estrictamente técnico y estético, sino en lo que respecta fundamentalmente a las cuestiones de fondo, salgan a debate. A un debate gentil y cordial, a un debate fraterno, que nos lleve a conclusiones afirmativas.

Ésta debe ser antes que nada una reunión de esclarecimiento, pero también una reunión de trabajo y de fijación de propósitos futuros. De tal modo que tienen todos ustedes la palabra, y es un ruego, una súplica nuestra el que esta discusión se conduzca con entera libertad, se conduzca sin cortapisas, y se conduzca con plena sinceridad y lealtad. Nada más.

[MODERADORA] Bueno, le pedimos a los compañeros asistentes a la reunión que vayan pidiendo la palabra.

[VOZ/NATALIO GALÁN, POSIBLEMENTE] ¿No hay tema definido, verdad?

[MODERADORA]: No. Pide la palabra.

[VOZ/NATALIO GALÁN, POSIBLEMENTE] Se podría sacar a colación la crítica, las limitaciones de la crítica. Sobre todo en música, literatura.

[MODERADORA] Yo creo que sí, que el Presidente ha expuesto que se pueden discutir sin cortapisas todos los temas. Pide la palabra el compañero Natalio Galán.

[NATALIO GALÁN] Yo quisiera simplemente traer el tema: hasta qué punto puede hacerse una crítica contrarrevolucionaria cuando uno se refiere al campo de la música. Simplemente, quería saber hasta qué punto se puede hacer contrarrevolución a través de una crítica musical. Hasta qué punto se pueda acercar al progreso de la cultura en lo musical al comentar sobre la labor de un compañero. O sea, ya como la interprete. O sea, ya como la crea. Éste es el tema que yo quisiera proponer ahora. No es que lo vaya a desarrollar, pero tal vez la idea de otro compañero me dé la posibilidad a mí de proponer y de estar de acuerdo con él. ¿Hay algún músico que tenga alguna idea? Mi opinión es la crítica completamente libre. Yo quisiera ver cuál es la limitación mía en cuanto a mi punto de vista, qué parte débil puedo tener yo que no colabore con la Revolución.

[MODERADORA] Bueno, yo creo, en realidad, que, para facilitar la discusión, sería saludable que cada compañero no plantee el tema, sino que lo desarrolle. Que exprese su punto de vista y sus opiniones sobre cada uno de los tópicos o aspectos que pueden ser discutidos en esta reunión. [...] El compañero Natalio debe desarrollar su punto de vista de lo que él cree que debe ser una crítica musical en este momento en Cuba.

[NATALIO GALÁN] Mi idea es muy simple en cuanto a la crítica musical, y solamente hace dos años que estoy haciendo críticas. Simplemente, creo que hay que prestar atención a la crítica, sobre todo en un momento como el de nosotros, en que no tenemos una tradición verdadera popular en cuanto a la música culta. La crítica de nosotros era una crítica que yo llamaría una crítica social, una crítica puramente (ininteligible), tal vez por eso la crítica actual (ininteligible), pero cause cierta desavenencia a los compañeros, cosa que no se ensayó. Me parece que el punto de vista de la crítica en este momento debe ser, más que nada, cosa sincera, y

siempre partir de personas a las cuales podamos darles crédito en sus puntos de vista. En general, creo que esto atañe a todas las artes, pero en la música, me parece que en la música la labor es más difícil. La música cubana implica una serie de estudios, y acarrea una serie de ideas mucho más abstractas que no se definen tanto como en la literatura o en la pintura. [...] Yo quisiera (pedir) al compañero Presidente, al compañero Fidel, que se le prestara atención a esa posibilidad de comenzar de una forma lo más honrada posible. Pero mi limitación es: ¿hasta qué punto yo soy honrado?

[...]

[MODERADORA] Antes de darle la palabra al compañero Baragaño, quisiéramos recordarles a los compañeros asistentes el interés que tiene desde luego el Gobierno en conocer los problemas y las necesidades de los distintos sectores del movimiento intelectual, del movimiento literario y artístico de nuestro país. Así que al intervenir no olviden esto, que creo que nos va a ayudar mucho a enriquecer la discusión.

[JOSÉ A. BARAGAÑO] En mi opinión, las palabras de la compañera Edith García Buchaca quizá pongan en desnudo un poco el punto que yo iba a tratar. Yo pienso que el punto de ruptura en la discusión no ha sido correcto, porque el tratamiento de los problemas particulares de cada grupo, de cada actividad intelectual, nos llevaría a un trabajo larguísimo. Tendríamos que explicar el problema de la crítica en la música, después en la poesía, después en la literatura, después en la pintura, etc. Y entonces tendríamos que hacer una verdadera enciclopedia de esta tarde. Yo creo que, en un momento en que los compañeros Presidente de la República y el Primer Ministro han venido a discutir y a trabajar con nosotros, nosotros deberíamos encarar aquellos problemas que exigen más responsabilidad de la actividad del artista y del escritor dentro de la sociedad. Es decir, creo que el tema fundamental tendría que ser aquel de la responsabilidad del artista dentro de la Revolución: cómo el artista debe encarar su creación, cuáles son las relaciones entre el artista y esa sociedad, y cómo debe ser llevada a cabo la labor creadora de los artistas y de los intelectuales. Éste yo creo que debe ser el tema que debemos tratar. ¿Por qué? Porque cuando se sitúe exactamente cuál es la tarea del escritor y del artista dentro de la Revolución, entonces ya todos esos pequeños problemas se resuelven. Todos esos problemas se resuelven automáticamente, ya no se plantean esos problemas. Por ejemplo, el crítico de música sabe exactamente qué tipo de crítica él tiene que hacer porque, al tener una base ideológica precisa, exacta, efectiva, el crítico sabe perfectamente por dónde atacar, sabe perfectamente cuál es su tarea. Y así, todos los compañeros que hacen una labor u otra. [...] Cuando existía un régimen degradado, un régimen burgués, un régimen explotador en Cuba, naturalmente nosotros teníamos el derecho, teníamos el derecho a tener una actitud negativa. Podíamos tener dos actitudes. Una actitud era combatir directamente aquel régimen con nuestra obra literaria o poética, y

esto lo hacían aquellos que tenían la conciencia más desarrollada del problema político. Y la otra actitud (por ejemplo, la que yo tenía), combatir a través de la negatividad. Es decir, haciendo una obra que expresaba mi angustia y mi desesperación ante la vida, y ante una situación que no era nada más que el reflejo de aquella sociedad, que era una sociedad negativa. [...] Bien, pero al plantearse el problema de una revolución social, entonces ocurre que la mayoría de los artistas y de los escritores que hacíamos una obra negativa, y la mayoría de los artistas (decía un poeta que es más fácil cantar a la muerte porque, en definitiva, es más fácil; es mucho más difícil cantar a la construcción, cantar a la buena vida, cantar a las cosas que se están creando)... Entonces, ante aquel fenómeno que se había transformado en realidad, nosotros teníamos naturalmente que transformar nuestros instrumentos, que ordenar de nuevo nuestras fuerzas, que encarar aquello de una manera completamente nueva. Y esto, como es natural, se ha producido en unos con mayor lentitud, en otros con más rapidez, pero yo creo que se producirá en definitiva en todos. Y éste es el gran problema que se presenta para los artistas y para los escritores en la producción. Creo que es el único problema. En cuanto este problema se resuelva, en cuanto el problema de cómo poner de la manera más efectiva al artista al servicio del pueblo se resuelva, en cuanto esto se resuelva, todos los otros problemas pasan a ser nada más que problemas prácticos, problemas diarios, problemas sin importancia. [...] Entonces, de resolver esto, de resolver el problema de poner la obra al servicio del pueblo: primero, conocer al pueblo. ¿Cómo se conoce al pueblo? Se conoce al pueblo metiéndose dentro del pueblo, haciendo las cosas que el pueblo hace todos los días. En mi opinión personal, un hombre que hace la misma vida de un obrero y de un campesino es un hombre que comprende perfectamente los problemas del obrero y del campesino. [...] Por otra parte, hay que estudiar las obras de todos los individuos que han trabajado para transformar la humanidad. Hay que estudiar las obras de todos los clásicos del marxismo, de todos los clásicos del socialismo. Hay que estudiar las obras y los discursos de los dirigentes de la Revolución. Hay que estar muy atentos a todo lo que dicen los dirigentes, y estar muy atentos a todo lo que hace el pueblo. De esta manera, nosotros obtendremos perfectamente cuál es la situación, tendremos un cuadro completo del mundo que estemos viviendo, y sabremos cuáles son las cosas que necesita el pueblo. Cuando nosotros sabemos lo que necesita el pueblo, entonces nosotros tenemos también una tarea que es nuestra, y es que nosotros somos herederos de una enorme tradición cultural, de una tradición cultural muy enorme y muy larga. Entonces nosotros tenemos que trabajar con los materiales que vamos a entregar al pueblo, con una gran calidad, como verdaderos artistas. Utilizando esos conocimientos que nosotros, que nos hemos dedicado a esto, tenemos, y que sólo nosotros tenemos. [...] Por otra parte, me he asombrado mucho de oír hablar en esos términos que parecen tenebrosos.

Es decir, me parece un poco alarmista y poco necesario decir que una crítica puede ser contrarrevolucionaria. Ninguna crítica puede ser contrarrevolucionaria. Si una crítica es contrarrevolucionaria, simplemente no es una crítica. Es otra cosa, pero no una crítica. Es decir, lo que se puede plantear de una crítica es si es correcta o no es correcta. Pero no... La palabra *contrarrevolucionaria* creo que está de más. Además, es una palabra alarmista y una palabra, por otra parte, desagradable e innecesaria. Yo creo que lo que se debe plantear es el problema de cuál es la crítica más correcta dentro del proceso revolucionario, cosa que yo creo se resuelve simplemente tomando la actitud correcta ante los problemas que se nos presenten diariamente a los artistas y los escritores. Yo creo que ya he hablado demasiado.

[...]

[JUAN BLANCO] Compañeros, yo creo que en Cuba los artistas son revolucionarios o son contrarrevolucionarios. Los contrarrevolucionarios son enemigos, por lo tanto yo no voy a hablar de los contrarrevolucionarios. Yo voy a hablar de los artistas revolucionarios. Y, si los que estamos aquí somos revolucionarios, nosotros tenemos que tener muy en cuenta nuestra Revolución, y lo que significa ella, y lo que necesita ella de nosotros. Estimo que todos tengamos esa idea. Por lo tanto, aquí lo importante se ha hablado: de si el arte debe ir a las masas, si las masas deben ir al arte. Yo creo que aquí no hay ni subida ni bajada, aquí hay marcha hacia adelante en ambas partes. Las masas, que den un paso adelante por medio de la educación, que muy efectivamente se está trabajando en ese sentido por el Gobierno Revolucionario. Y que los artistas demos otro paso adelante también, para encontrarnos y abrazarnos con ellas.

[...]

[MODERADORA] Tiene la palabra el compañero Carlos Rafael Rodríguez.

[CARLOS RAFAEL RODRÍGUEZ] Yo pedí la palabra, compañeros, para una aclaración incidental, para expresar una preocupación. [...] La dirección del Gobierno Revolucionario está aquí, los compañeros responsables máximos de ese Gobierno. El compañero ministro de Educación sabe que hay problemas en la cultura, y quiere saber cuáles son esos problemas. No de oídas, sino directamente. Nosotros sabemos que hay problemas, los que vivimos un poco lejos (pero no demasiado lejos) de los problemas de la cultura. Y los protagonistas de los problemas saben que hay problemas. Y, sin embargo, hace hora y media que estamos hablando de los problemas en una forma que nadie se puede dar cuenta de cuáles son los problemas. Y yo veo que aparece el veneno, y el veneno hace daño a los que están metidos en los problemas. Y, sin embargo, los que están viendo de lejos las cosas no se dan cuenta de que hay lucha intestina. Todo lo que se ha dicho aquí es una expresión de luchas de criterios, y las luchas de criterios no aparecen por ninguna parte. Parece que están discutiendo teorías. Y yo quiero echar un poco de sal, a ver si los problemas salen como tiene que ser, porque estamos en una discusión de revolucionarios

o de gente que quiere a la Revolución, y que quiere saber cómo se resuelven los problemas de la Revolución. Yo voy a hablar con nombres y apellidos. Es decir, Natalio (Galán) empieza la discusión por preguntar un problema que le preocupa a él. Que lo plantea en abstracto, pero que le preocupa. Le preocupa, porque Natalio ha criticado y ha sido criticado por sus críticas, y se siente limitado como crítico. A Natalio no le interesa si en Japón se va a limitar la crítica, sino si en Cuba hay una crítica limitada, porque Natalio ha hecho críticas que han sido hirientes para determinados compañeros, ha habido discusiones, y él se ha visto limitado por esas discusiones. Y, sin embargo, yo creo que Fidel no se dio cuenta de eso. No se puede dar cuenta. No se ha dado cuenta del problema que está adentro. Bueno, aquí dice (Emilio) Aragonés que él no se dio cuenta. Ya yo busqué uno que no se dio cuenta. [...] No quiero con esto excitar a que se forme el lío, pero sí a que se digan las cosas de una manera un poco más directa. Natalio empezó (considero yo) un poco tímidamente, en un ambiente en que todavía no había tema en el aire. Pero yo creo que, si seguimos por ese camino, no avanzamos. Lo que hay es que ir a los problemas de fondo. A lo que nos está preocupando a todos, a lo que es objeto de luchas intestinas dentro del movimiento revolucionario, que está creándole un daño a la Revolución, porque lo estamos desarrollando por caminos falsos. Es decir, a los caminos de las luchas de grupos, luchas de personas. Y queremos ventilar aquí estos problemas en el seno de un proceso revolucionario, con métodos revolucionarios y con espíritu revolucionario. Para que, además, la dirección de la Revolución sepa cómo están las cosas. No se entere porque haya informes de éste o aquel compañero, sino directamente. Esto es lo que yo quería decir.

[...]

[VIRGILIO PIÑERA] Como Carlos Rafael ha pedido que se diga todo, hay un miedo que podíamos calificar de virtual que corre en todos los círculos literarios de La Habana, y artísticos en general, sobre que el Gobierno va a dirigir la cultura. Yo no sé qué cosa es cultura dirigida, pero supongo que ustedes lo sabrán. La cultura es nada más que una, un elemento... Pero que esa especie de ola corre por toda La Habana, de que el 26 de Julio se va a declarar por unas declaraciones la cultura dirigida, entonces...

[FIDEL CASTRO] ¿Dónde se corre esa voz?

[VIRGILIO PIÑERA] ¿Eh? Se dice...

[FIDEL CASTRO] ¿Entre quiénes se corre esa voz? ¿Entre la gente que está aquí se corre esa voz? ¿Y por qué no lo han dicho antes?

[VIRGILIO PIÑERA] Compañero comandante Fidel, yo puedo decir que he oído hablar de esa voz entre las personas que yo conozco. [...] Los compañeros podrán decir lo contrario, pero como yo lo sabía, pues he querido sacarlo a colación, como se ha sacado algo de una película, entonces eso es porque como Carlos Rafael dijo que había luchas planteadas, y yo no digo que haya temor, sino que hay una impresión, entonces yo no creo que nos vayan a anular culturalmente, ni creo que el Gobierno tenga esa

intención, pero eso se dice. Que lo niegan, está bien, pero se dice. Y yo tengo el valor de decirlo, no porque crea que los que nos van a dirigir nos van a meter en un calabozo ni nada, pero eso se dice. La realidad es que por primera vez después de dos años de Revolución, por la discusión de un asunto, los escritores nos hemos enfrentado a la Revolución, y ahora es, y propongo a este congreso que tenemos que rendir cuentas, ¿comprende?, y entonces este hecho nos produce un poco de impresión, digamos, aunque no digamos el temor. Y eso trae consecuentemente una serie de preguntas y de cosas que uno se hace, que van corriendo y se van formando, y en ese aspecto, como Carlos Rafael pidió una franca franqueza, perdonando la redundancia, yo por eso lo digo, sencillamente, y no creo que nadie me pueda acusar de contrarrevolucionario y de cosas por el estilo, porque estoy aquí, no estoy en Miami ni cosa por el estilo. Voy a cumplir cuarenta y un años (sic), y he dedicado toda mi vida a la literatura, y todos ustedes me conocen. Así, como dijo el compañero Retamar, aquí no hay ningún compañero contrarrevolucionario. Todos estamos de acuerdo con el Gobierno, y todos estamos dispuestos a defender y a morir por la Revolución, etc, etc. Pero eso es una cosa que está en el aire y yo la digo. Si me equivoco, bueno, afrontaré las consecuencias.

[FIDEL CASTRO] Pero, ¿equivocarte de qué?

[VIRGILIO PIÑERA] No, equivocarme no. Algunos compañeros dicen que eso no flota en el ambiente, pero yo digo que sí, ¿comprende? E incluso lo digo un poco como chiste de que lo van a declarar el 26 de julio. Pero es una impresión que hay, sencillamente, y es porque los artistas hasta ahora trabajaron en condiciones anárquicas, y porque usted sabe perfectamente, y sufriendo explotación como el pueblo, y por los gobiernos que teníamos. Ahora no los tiene, y entonces tiene que preguntarse por qué se especula, y es sencillamente porque se hace cincuenta mil preguntas. Porque todo lo que se ha dicho aquí, al fin y al cabo, si se va a manifestar como se dice, se han manifestado dudas y reservas sobre cómo debe ser la creación artística. Está en el ambiente, lo que pasa es que no lo han dicho, lo han dicho con optimismo. Yo lo digo «ramplán».

[...]

[FIDEL CASTRO] Cuando el compañero habló de que creía que nosotros estábamos informados de las inquietudes de los artistas y quería que habláramos de lo que esperábamos de ellos, yo iba a decir que no, nosotros no estamos realmente, completamente enterados de las inquietudes de los artistas. Nosotros quisiéramos enterarnos mejor, y, en realidad, parece que se ha estado soslayando un poco el tema. A nosotros nos interesa mucho lo que están diciendo todos los compañeros porque nos van ilustrando sobre una serie de puntos de vista muy interesantes. Pero con un criterio un poco práctico, lo primero que debemos es ponernos de acuerdo en que esta asamblea o esta reunión no se va a terminar hoy. No podemos estar muy impacientes, porque a la verdad que no nos hemos reunido aquí para oír estas cosas que resultan muy interesantes para

nosotros, pero que si ahora dijéramos aquí cuatro palabras, esto no terminaba en nada absolutamente. ¿Qué hacemos nosotros con pararnos aquí y decir cuatro palabras y emitir algunas opiniones? Nosotros, entre otras cosas, queremos empaparnos bien e informarnos bien de todos los problemas. Eso, en primer lugar, no se va a poder hacer en un día. No debemos impacientarnos en creernos que esta noche a las once de la noche es el último momento en que nos vamos a reunir aquí. Tenemos que volvernos a reunir desde más temprano hasta más tarde y, si hay que reunirse una tercera o una cuarta vez, nos reunimos y hacemos un estudio exhaustivo de la cuestión, que es mejor que tratarlo de una manera superficial, como sería la impresión con que nos marcharíamos nosotros de aquí de acuerdo con lo que se ha hablado hasta ahora. Por eso, minutos más o minutos menos que no van a decidir la cuestión (Baragaño, tú quieres hablar más que nadie aquí hoy, aguanta un rato), así que no hay que impacientarse con la cuestión de que se va a acabar la reunión y de que muchos no van a poder decir nada y el tema no se va a tratar.

En segundo lugar, hay un poco de dispersión de esfuerzos. Se están tratando casi todas las cuestiones; no sentí el análisis hacia un punto determinado para resolverlo, y después otro, y después otro, sino que cada cual viene con una idea de exponer algo y lo expone. Lo más que podemos hacer nosotros es ir recogiendo. Se plantean 50 temas, ahora no se discute ningún tema.

En tercer lugar, hay cosas que son fundamentales, básicas. Si no las discutimos primero, para qué vamos a estar discutiendo todas las demás.

En cuarto lugar, se habló de cierto temor que flotaba en el ambiente, y se habló de eso, pero después se va a hablar de otra cosa, y no se vuelve a hablar del tema. Hay que ir al tema, yo creo que eso es lo fundamental. Porque si estamos discutiendo aquí con reserva vamos a tratar todos esos puntos, pero si tenemos una serie de reservas sobre una serie de cuestiones, no vamos a adelantar gran cosa. Vamos más bien entretenidos hablando de otras cosas, pero no de las cuestiones fundamentales que tenemos que tratar. Un compañero habló incluso del Decreto sobre el 26 de julio y todo eso. Hay además otra cosa, hay problemas que no se han tocado concretamente. Carlos Rafael hizo un llamado a hablar de los temas, y hubo un amago, y de ahí nos volvimos a dispersar tratando de otras cuestiones. Yo no entiendo mucho de arte, pero soy un poquito práctico. Por lo menos me atrevería a lograr que ustedes discutieran de lo que ustedes quieren discutir. (Risas)

Otro punto. Hay que disipar el miedo, la única manera de disipar el miedo es yéndole de frente al miedo. Los problemas, incluso, dan lugar, en parte, a esta reunión, porque siempre hay un incidente u otro, lo que da lugar a que se enfoque un problema. Es verdad que no habíamos tenido contacto con ustedes. Ustedes no tienen más culpa que nosotros, y nosotros no tenemos más culpa que ustedes. Nosotros hemos tenido muchos problemas que ir abordando, y no habíamos tenido tiempo para

ocuparnos de esto. Se han dado algunos pasos, no por iniciativa del Gobierno, sino por compañeros que han estado preocupados por esas cuestiones y que han encontrado acogida a sus iniciativas en eso. El Gobierno, por su parte, ha hecho algunas cosas en este campo, pero que se limitan más bien a estimular, a dar ayuda material, a expresar su disposición, a estimular la manifestación y creación artística del pueblo. Aquí hubo un incidente que dio lugar a cierta discusión, y después dio lugar a esta reunión, o por lo menos nos puso en el orden del día a discutir todos estos problemas, porque se estaban creando ya, había divisiones, pero que no pasaban de estados de ánimos y a ciertos criterios que no habían llegado a confrontarse. Es verdad que nosotros estábamos hace tiempo por discutir el problema, pero estábamos esperando la ocasión aquí, entre invasiones, amenazas de invasiones, movilizaciones y problemas de todos los tipos, y aquí el incidente que dio lugar a que se acabara de discutir el problema de la película.

Bueno, ¿no vamos a hablar de la película? ¿Por qué no vamos a hablar de la película? Ahora, en lo que sí nosotros teníamos mucho interés, y debe ser el interés de todos ustedes, es que nosotros los temas los tratemos sin guerra, con un espíritu realmente de camaradería, con sinceridad, con honestidad. Con toda la cortesía que hay que tratar, sin dejar de decir las cosas, sin ofender a nadie o sin intención de ofender a nadie. Sino ir a analizar el problema, de manera que no nos vayamos a agriar aquí, porque yo sé que todos esos problemas son problemas muy delicados, además de que son muy complejos, porque entrañan una serie de cuestiones fundamentales.

A nosotros nos interesa que no vaya a terminar esto en una cámara húngara. Que no empiecen agitaciones a aparecer en el ambiente, y que vayamos a dar un espectáculo de discusión inculca. A nosotros nos interesa porque, entre otras cosas, no nos gustaría ser testigos de polémicas. No tememos eso, francamente no lo tememos. Lo estamos planteando de todo lo que se diga, llamando a discutir de una manera decente, de una manera franca, de una manera fraternal. Eso es bueno, y por eso no le temo a eso. Aquí no ha habido manifestaciones de ese tipo pero, claro, también hay miedo de entrar en los temas. ¿Y por qué hay miedo de entrar en los temas? Posiblemente, miedo de hurgar en cosas que son más delicadas o más hirientes, y ese miedo hace que no se vea un gran clima de paz aquí, pero no se discuten sobre los problemas en conflicto. Y, por último, si queremos entrar un poco más en este problema de que hablaba Armando (Hart), de cuál es la actitud del Gobierno, y hasta definir algunas cosas aquí de política, si se quiere definir. Y hasta discutir el viejo problema sobre la Revolución y el arte, o sobre la independencia de la Revolución y el arte, o sobre la libertad del arte, todas esas cuestiones. A ver si nosotros discutimos sobre el tema y sacamos conclusiones prácticas y conclusiones inteligentes sobre esas cuestiones. Y que se disipen, además, los fantasmas. Hay que disipar los fantasmas. No

podemos vivir (porque no creo que ningún artista pueda crear) en medio de tanto fantasma. Y si vamos a estar viviendo entre miedo, fantasma, prejuicio, reserva y eso, no vamos a hacer nada. Acabar de discutir todo ese mismo problema de la libertad dentro de una Revolución. Hasta dónde llega, hasta dónde se concibe; hasta qué punto le interesa a la Revolución circunscribir el arte a un círculo muy estrecho; hasta qué punto la manifestación artística debe luchar por la Revolución y trabajar de acuerdo con la Revolución. ¿Cómo pueden convivir las dos cosas y ayudarse las dos cosas? [...] Hay que discutir también el problema de los medios y de los recursos para trabajar en todos los aspectos, incluso en el terreno de la crítica, y discutir aquí qué es lo que nosotros debemos hacer también. Cómo es que nosotros podemos ayudar y cómo debemos organizar las cosas. Porque tiene que haber un punto realmente práctico, y tiene que haber un punto, una interpretación correcta.

No lo vamos a encontrar en un día de discusión. Nosotros queremos realmente encontrar ese punto. Disipar todos los miedos, analizar todos los problemas, porque es la única manera de que todo el mundo se tranquilice sobre eso, y, además, que se acaben todas las dudas y no ya la cuestión de si el 26 de julio, sino los problemas esos que han estado rondando: que si yo estoy rodeado de gente estalinista y de gente que quiere aplicar el estalinismo en el arte y cosas, que si Aragonés es uno de los estalinistas y mil cosas... Yo lo invité, yo lo traje aquí, lo invité a que viniera de paso. Esos rumores y esas cuestiones, que a oídos de nosotros también llegan a veces, esos problemas. Y discutir todos esos problemas. Yo creo que de verdad hay cosas más difíciles que se han discutido, se han analizado, y se han superado. ¿Por qué no vamos a discutir de verdad esta cuestión, y llegar a soluciones y a un entendimiento que satisfaga a todos los compañeros que trabajan en esto? Sobre todo, como han dicho ustedes que han firmado el manifiesto, están aquí, quieren ayudar a la Revolución, quieren trabajar por la Revolución. Entonces, yo no tengo la menor duda, y son milicianos y están dispuestos a dar la vida por la Revolución. Bueno, pues sobre esa base y sobre ese criterio, ¿por qué no nos vamos a entender perfectamente? De qué manera todos, independientemente de la personalidad, independientemente de todos esos problemas, podamos ponernos de acuerdo, y podamos entendernos sobre el trabajo y sobre la forma de ayudar a la Revolución. Entre otras cosas, eso no tenemos que decirlo nosotros, porque nosotros no lo sabemos. Por lo menos, yo no lo sé. Y tengo algunas ideas generales sobre ese problema, pero nosotros, entre otras cosas, estamos aquí para informar y para conocer, entre otras cosas, qué creen ustedes, la preocupación de ustedes, las discrepancias que hay, esas cosas...

Entonces me parece, con sentido práctico, ir primero a discutir las cosas que nos preocupan de verdad, los temores esos que constituyen una cuestión fundamental. Antes de hablar, incluso, de cómo vamos a enseñar al pueblo: sobre los planes de alfabetización y de instrucción sobre el

arte, de todo lo que se pueda hacer. Que nosotros creemos que se puede hacer mucho en ese sentido. Que nosotros discutamos aquí (partiendo incluso de los hechos que han ocurrido) qué es lo que más les preocupa. [...] Mejor es discutir todas aquellas diferencias más profundas porque entonces, sobre esa base, será más fácil discutir todas aquellas cuestiones menos profundas, menos importantes. ¿No les parece a ustedes que es mejor eso?

¿Y por qué no se para uno aquí que tenga más cosas que impugnar, o más miedo que expresar, o más preocupaciones, con toda franqueza y lo diga? Mire, todas las cosas que a mí como artista me preocupan, de todo lo que he oído decir, y de todo lo que puede pasar, y de todo lo que ha pasado en otro lado y de todo, es esto. Las voy a empezar a decir, y las digo todas. Y, entonces, ahí que empiece a discutirse sobre eso. Que aquí hable el que tenga más miedo (no voy a referirme a miedo físico ni nada de eso), que hable aquí el que tenga más preocupaciones.

[HEBERTO PADILLA] ¿Se puede hacer una pregunta, por favor? Es sobre algo que considero importante. Es sobre la convocatoria a esta reunión. Usted ha señalado correctamente el problema de la película. Las personas que discutieron en la reunión de la Casa de las Américas, donde se exhibió la película, la mayor parte de ellas no están aquí en esta reunión.

[FIDEL CASTRO] Bueno, y yo me hago una pregunta: ¿por qué?

[HEBERTO PADILLA] Yo le voy a contestar. Yo estoy presente, mi compañero César Leante está presente. Pero cuando nosotros entramos por esa puerta, nos dijeron que no podíamos entrar porque no estábamos en una lista que se había confeccionado aquí. Entonces hablamos con la Dra. Edith García Buchaca, a través de su hija. Le planteamos el problema, y ella resolvió que nosotros pasáramos aquí. Se trata, por ejemplo, de Jaime Sarusky, que rebatió una serie de puntos de aquella discusión, (¿Walterio Carbonell?) que también lo hizo, Edmundo Desnoes y algunos otros. El caso nuestro es bien concreto.

[FIDEL CASTRO] Perdona, pero me permito señalarte que los autores de esa película no fueron tampoco citados.

[HEBERTO PADILLA] No. Los autores de esa película no han sido invitados. Entonces yo creo que ya ha habido un mal principio. Por lo demás, yo quisiera hablar en general de la película.

[FIDEL CASTRO] Bien, pero yo les voy a decir una cosa. La discusión no era expresamente para discutir la película. Yo he mencionado el problema de la película como una de las cosas que fueron temas polémicos y que implica cuestiones de criterio que deben discutirse. La reunión no fue para discutir la película, fue para discutir todos los problemas de orden general. [...] Yo no sé qué criterio fue el que se siguió exactamente para hacer la citación, pero yo me imagino, entre otras cosas, que se trató de invitar a las personas, que la persona que citó trató de evitar que tuviera lugar una asamblea demasiado amplia. Es decir, que se pudiera producir una reunión aquí de cuatrocientos en que fuera muy difícil entrar en los

temas. Porque fíjese que no somos tantos, y ha sido muy difícil entrar en los temas. Imagínese una reunión de cuatrocientos en que los cuatrocientos pidan la palabra. Y además, otra cosa, quizás se trató de evitar que se formara un tipo de asamblea como la anterior y que, naturalmente, como los que convocaron a la reunión tuvieron cierta preocupación de que la reunión fuera a asumir características un poco tumultuosas. Por lo demás, aquí hay una representación bastante numerosa: 73. Se supone que aquí están todos los que puedan opinar. Pero yo creo, a juzgar por lo que he estado oyendo, que hay una serie de criterios variados aquí. Puede que haya una persona que especialmente deba ser llamada, solicitada para exponer un punto de vista de eso, ¿no? Eso se obvia fácilmente, y siento también que hay personas que fueron invitadas y no están aquí. También ocurre eso, ¿verdad? Les hicieron el desaire a la asamblea, a nosotros, al Consejo, ¿a quién? Porque lo que sí yo creo que nadie tiene derecho es a negarse a discutir. Y nosotros hemos venido a eso. Nosotros tenemos aquí, nosotros no somos aquí oficiales de nadie, ni pertenecemos a ningún grupo, nosotros venimos a oír los puntos de vistas. Ese es el papel nuestro aquí y contribuir, en lo que nosotros podamos, a encontrarle una solución a este problema. No venimos a trazar pautas, venimos a encontrar pautas, que no es lo mismo.

[...]

[TOMÁS GUTIÉRREZ ALEA] [...] Me extraña evidentemente que no estén aquí algunas personas que sí estaban invitadas y que sí tenían puntos de vista con respecto a la película muy definidos en contradicción con el nuestro, por ejemplo. Me extraña, y francamente veo que no es una actitud absolutamente sana. Ahora, dado que hay otras personas que sí pueden hablar, quizás no a nombre de ellos pero con puntos de vista concluyentes, me gustaría que lo hicieran. Yo quisiera previamente concretarme un poco sobre el caso de —no voy a extenderme mucho— *P.M.* Quizás se hayan cometido errores en el estilo de tratar este asunto. Ahora, yo creo que ha quedado bastante claro (no sé si es necesario aclararlo más), que no se trata eminentemente de una película contrarrevolucionaria, pero que sí se trata de una película que, al tocar un aspecto de la realidad, no lo toca en una forma debida y, por lo tanto, dice una mentira de la manera más hipócrita que se puede decir, que es ocultando una parte de la verdad. [...] Yo creo que eso está bien aclarado. Está bien aclarado que nuestra situación hoy es crítica, y que estamos rodeados de enemigos, y que, por lo tanto, aun cuando esa película tenga valores artísticos (que no tenemos que negárselos) y tenga valores como documento, es inoportuna. Inoportuna exhibición, y sería realmente malo, realmente muy malo, que esa película fuera a caer en manos de gente que fuera a utilizarla contra nosotros. Estaríamos dándole un arma al enemigo, cosa que no hay por qué hacer ahora.

[...]

Hay otro problema que es muy interesante, y no quisiera abordarlo ampliamente, pero sí quisiera dejarlo planteado. Es el problema de la

excesiva centralización de organismos que se dedican a la creación artística. Parece que ese es un problema que debemos analizar con más calma en este momento. Yo estoy en condiciones, desde luego. Porque a través de una excesiva centralización de organismos de creación artística, corremos el peligro de que una sola tendencia sea la que pueda servir dentro de un medio. Y a lo mejor estamos evitando que supervivan otras tendencias que pueden ser igualmente valiosas. No en la misma medida, pero en alguna medida. Más nada.

[**MANUEL NAVARRO LUNA**] Compañeros: Yo no creo que sean los intelectuales los que tengan que preguntarse ahora qué es lo que va a hacer la Revolución con ellos, sino son ellos los que tienen que preguntarse qué es lo que van a hacer ellos con la Revolución. El compañero Dorticós, nuestro gran Presidente, en unas palabras de adhesión al Congreso de Escritores, nos pedía a los intelectuales y artistas que nos incorporásemos a la Revolución como unidad. Yo creo, compañeros, que ahí reside la cosa: que tengamos una posición humilde, porque hasta ahora yo no la he visto aquí en esta reunión. Yo no veo, por ejemplo, que el compañero Heberto Padilla, a quien quiero y admiro tanto, si yo no me equivoco en la interpretación que le di a sus palabras, estaba pidiendo que el pueblo se superara en una labor de cuatro años para que los poetas pudieran llegar a él. No sé si yo lo comprendí mal, pero me parece que el compañero Padilla dirigía el esfuerzo de la Revolución a una superación previa del pueblo para que el pueblo comprendiera a sus intelectuales, a sus poetas. Y a mí me parece que es al revés. Si yo comprendí exactamente, y esas fueron las palabras del compañero, y él me dice que sí, que fueron esas, yo le digo al compañero Padilla que somos los intelectuales, los poetas, los que tenemos que prepararnos para llegar al pueblo. Hay que saber, compañeros, que somos unos ignorantes consumados en algunas ocasiones en relación con los campesinos y los obreros. Tienen la posición tremenda, esa posición del compañero Padilla: pedirle a un pueblo que ha hecho la Revolución que ha hecho.

Y yo me recordaba de aquellas palabras del compañero Fidel, cuando alguien le imputó su incultura al compañero Camilo. El compañero Fidel desde la tribuna dijo: «¿Inculto? ¿Inculto Camilo y ha hecho la Revolución?». Y, a lo mejor, compañeros, para ser bien francos, a lo mejor nos encontramos con intelectuales y con poetas que no realizaron ningún esfuerzo por la Revolución, y asumen estas posiciones de venir a una reunión como ésta a pedir que el pueblo, que tiene más sensibilidad que ellos, y que la tuvo siempre, se supere para que los comprenda a ellos. ¡Qué contraste! Yo creo en la posición humilde en todo. Una posición de humildad, sincera, de fraternidad, de sentido fraternal. Aquí, en esta reunión, y en el Congreso. Porque aquí lo que hay son unos prejuicios enormes. Aquí, en todos. En casi todos los compañeros que han intervenido. Prejuicios, malcreencias, discrepancias. Ningún sentido de sencillez y humildad, ninguno. Se creen unos dioses. Que estamos por encima

del hombro del pueblo. De un pueblo como el de Cuba, que ha hecho una Revolución como ésta. [...] Ahora bien, si nos quedamos con todos los prejuicios, y con todos los egoísmos, y con todos los engrimientos que tenemos de intelectuales, nos quedamos metidos en el gabinete y en la capillita y en el chisme y en el cenáculo ese, engréido y sucio, en el que hemos estado. No hemos hecho entonces ninguna obra a favor de la Revolución. Y lo que se nos pide no es nada más que trabajar a favor de la Revolución con las formas que se tengan, con las esencias que se tengan. Y la Revolución sí que va dirigida a los intelectuales, pero pidiéndoles nada más que una cosa: que estén a favor de ella. Nada más. Porque no se le va a permitir a ningún poeta ni a ningún escritor que haga un poema a favor del imperialismo. Eso no se lo vamos a permitir. No se lo va a permitir la Revolución, no se le va a permitir a nadie. No se lo podemos permitir. No será el compañero Fidel ni será... pero no se le va a permitir.

[CÉSAR LEANTE] [...] Ahora, pasando a cosas más concretas, a cosas polémicas: la película *P.M.* Yo hablé en la Casa de las Américas. Considero, como el compañero Titón cuando habló en aquella oportunidad, que la película es inoportuna. No creo, de ninguna manera, que sea contrarrevolucionaria. Es verdad que presenta un aspecto parcial de La Habana. Su aspecto más negativo, si se quiere, en el orden de diversiones nocturnas. Ahora bien, esa película, ¿por qué la hicieron esos muchachos en esa forma? ¿La hicieron con el ánimo de contrarrevolución, con un ánimo de mostrar la parte más podrida, rezagos del pasado que aún existen en nuestra sociedad? De ninguna manera. Ellos la hicieron porque consideraron que estéticamente aquello tenía una calidad que quizá no se la da un miliciano con un fusil al hombro. Es posible que ellos estén equivocados. Es más, lo creo. Yo creo que en un miliciano con un fusil al hombro, o en cualquier otro acto revolucionario, hay tanta calidad estética como la hay allí. Pero que esa fue la intención de ellos para hacer la película... Luego entonces creo que se debe de tener en cuenta. Son compañeros a quienes yo personalmente conozco. Muchachos revolucionarios, buenos, sanos y capaces de todo por la Revolución. Entonces, lo que yo censuré en la Casa de las Américas (y censuro ahora respecto a la película) fue el procedimiento que se siguió para suspenderla. Yo dije en la Casa de las Américas (y repito aquí) que si se hubiese llamado a estos muchachos, se le hubiera dicho que la película tenía sus defectos, que no convenía, o que no era oportuno que se exhibiera en este momento (que si caía en manos del imperialismo podía utilizarse como un arma contra la Revolución), esto se hubiese entendido. Y si no lo hubiesen entendido, se hubiera podido aplicar la sanción. [...] Entonces, ¿por qué motivo se discutió tan violentamente la película? ¿Por qué sentar un precedente? Eso fue, quizás, lo más importante de todo. Toda la película en sí, la película es intrascendente, era una tontería, pero lo que sí es importante es el precedente que sentaba. Se pensaba que si eso había ocurrido en aquel momento con la película, más adelante podía ocurrir con un libro

de versos, con un cuadro, con una obra de teatro. Es decir, que por ese motivo se trató de que no se utilizaran esos métodos coercitivos cuando no se estaba de acuerdo (con razón, si se quiere) con una obra artística. Fue esa la razón.

Y el último punto que quería tratar. A mí me parece que las palabras de Navarro Luna han sido muy bellas. ¿Quién no está de acuerdo con ellas? Todo el mundo está de acuerdo. Yo, por lo menos, me sentí emocionado oyéndolo hablar. Ahora bien, sí creo que es un poco cruel en esto: a veces esa labor que se llama «de capilla», no es tan aislada del mundo, de espaldas al pueblo, no es tan exactamente denigrante o negativa como se quiere ver. A veces, esa labor es una labor de estudio tenaz durante años. De pasar hambre. De humildad, con tal de lograr una obra artística. Yo conozco personas que son amigos míos (casi todos lo han hecho), que se privaron de comer para comprar libros. Es decir, que en esa labor, a veces, de la búsqueda del arte por el arte (del arte como belleza, si se quiere) también hay algo que hay que considerar, que es una apatencia, un deseo de encontrar un medio grande de superación espiritual o de expresión espiritual. De todas esas cosas, si las tratamos con espíritu amplio, generoso, podremos sacar los mejores logros.

[MODERADORA] Mirta Aguirre.

[VOZ QUE INTERRUMPE] Para una aclaración, si es posible, por favor. Se habló aquí de ciertos compañeros que habían sido invitados y que no estaban aquí. Incluso hubo palabras del Primer Ministro, en el sentido de que estaba muy mal no discutir. Por lo menos, yo quisiera excusar a dos personas muy importantes, porque son miembros del Consejo de Cultura, que son los señores Carlos Franqui y Cabrera Infante. Ambos están enfermos. Franqui hace unos dos o tres días que no va por el periódico. Lo llamé esta tarde, y me dijo que precisamente esta tarde iba al médico a hacerse una pequeña operación (recuerden que él padece de una úlcera), consistente en un lavado estomacal. Que tendría que permanecer toda la tarde probablemente en cama. Y a Cabrera Infante logré sacarlo de la cama donde estaba con fiebre. Esta misma mañana tuvo el médico que abrirle una pequeña infección local que tenía. Logramos traerlo, pero se sentía terriblemente mal, y tuvo que irse para su casa, porque incluso tenía fiebre. No había almorzado en todo el día, etc., etc. Y se fue. Como, de todas maneras, la ausencia de esas dos personas aquí pudiera tomarse como un rechazo a la discusión (cosa que no está en el menor ánimo de ellos), pues yo ruego que les excusen en ese sentido.

[MODERADORA] Mirta Aguirre.

[MIRTA AGUIRRE] Esta reunión, compañeros, ya hemos dicho que no es específicamente para tratar el problema de la película *P.M.* Pero yo creo que el incidente de *P.M.* es lo que ha sacado a flote lo que constituye el problema más grave que persiste entre los intelectuales y artistas, no de Cuba, pero sí de La Habana. ¿Qué ocurrió con *P.M.*? Supongamos que una película, un documental, se llame *Niños*, y la cámara salga a la calle y no

tome la Ciudad Escolar Camilo Cienfuegos. Ni tome Ciudad Libertad, ni tome una sola de las escuelas que se están haciendo. Ni tome un campo deportivo. Que tome, durante veinte minutos, a los niños (que es verdad que aún existen en Cuba) hambrientos, descalzos, parasitados, sucios. A los que aún no ha podido resolverseles su problema. Y que esa película se llame *Niños*, y sea un documental hecho en la Cuba revolucionaria en enero de este año. ¿Qué impresión daría? ¿Qué veracidad tiene respecto a la Revolución? ¿Qué utilidad no podría tener en manos de la contrarrevolución fuera de nuestro país? O que un documental que se llame *Campesinos* no tome una cooperativa, ni una sola granja del pueblo, ni los lugares donde los campesinos estudian. Sino que tome (porque todavía quedan) los bohíos desastrosos, los rincones abandonados, insalubres, donde viven aún muchos campesinos cubanos. Y que se llame *Campesinos*, y que sea un documental hecho en Cuba en enero del 61. ¿Cuál sería su veracidad respecto a la Revolución? ¿Y cuál no sería su utilidad, fuera de Cuba, para la contrarrevolución? Y además, cabría preguntarse por qué el que haya tomado un documental sobre niños, toma esos niños andrajosos y abandonados, y no aquellos que ya están siendo atendidos por la Revolución. Por qué el que hace un documental que se llama *Campesinos* toma lo que queda del viejo mundo en que vivíamos, y ni por casualidad toma nada de lo que construimos hoy. Eso es *P.M.* No se llama *Bares*, se llama *P.M.* Es La Habana de noche en el 61, y durante quince o veinte minutos no muestra más que borrachos, mujeres de vida alegre en los peores bares habaneros. Esos que todavía visitan los turistas, que todavía visitamos, a veces, los intelectuales cuando estamos en vena, pero que son un rezago del mundo que se está muriendo entre nosotros, y que no reflejan para nada La Habana nocturna de enero del 61 o de hoy, con milicianos, con escuelas, con una actividad cultural bastante grande creada por la Revolución. Y uno se pregunta, ¿por qué se hizo esta película? Le preguntamos a los que la realizaron en una asamblea tormentosa, y la respuesta fue que porque sí. No habían pensado en nada antes, no habían pensado en nada después. Salieron a la calle, y fue eso lo que les llamó la atención. Y la película se llama *P.M.*, dijeron, como puede llamarse cualquier cosa. Bueno, es al menos un arte muy azaroso, y donde a veces la cabeza germina bastante poco. César Leante acaba de decirnos que seguramente encontraron ahí la calidad estética que no encuentran en un miliciano con su rifle. Si eso fuera cierto, yo lo lamentaría tremendamente por esos muchachos jóvenes. Y eso lo ha dicho César Leante, pero nunca lo dijeron ellos y, la verdad, me alegraría de no oírseles decir. Porque el artista que encuentra la calidad estética en los bares y no la puede encontrar en un miliciano con su rifle en ningún modo, deja mucho que desear como sensibilidad estética y también como ciudadano. [...] Aquí se prohíbe un documental e inmediatamente se dice que hay que tener mucho cuidado con que no se desate el estalinismo. Y tal parece que un grupo de intelectuales tiene que ponerse

en marcha porque corre riesgo la libertad creadora. Esto es lo que está diciéndose: que corre riesgo la libertad creadora, y que la ponen en riesgo los estalinistas. Los estalinistas somos la gente comunista. Es decir, los viejos comunistas. Pero yo recuerdo que cuando David Alfaro Siqueiros, con ocasión de la Bienal de México, hizo un ataque injustificado, exagerado, a la compañera Amelia Peláez, pintora abstracta, en el año 56 ó 57, fue la revista nuestra donde se respondió a David Alfaro Siqueiros. Y se aclaró muy bien. Primero, el respeto que debe haber para la libertad formal de los artistas. Y, segundo, el error serio que constituía el acusar de siervos del imperialismo a artistas o intelectuales que podían usar en sus formas de trabajo orientaciones que en su raíz estaban impulsadas por el imperialismo, pero que no eran aplicadas por ellos conscientemente en ese sentido. [...] Aquí se ha insistido en que cuidáramos la mano. Yo no sé si es verdad que se teme que el día 26 el compañero Fidel Castro declare el arte dirigido. No sé si es verdad, a lo mejor tampoco es una cosa extendida, sino opinión de un pequeño grupo que puede tener ese temor. Yo sí sé que la campaña por la libertad de creación *versus* estalinismo está en pie, y está inclusive en recortes de periódicos. Lo que yo no sé es por qué se ha promovido. Y, ya que estamos hablando con toda franqueza, yo quiero decir que en la Casa de las Américas, cuando se habló arduosamente de no tener que arrepentirse de tomar por caminos mutiladores de la libertad, que lo que había que evitar era el desastre estalinista porque luego los arrepentimientos eran muy serios, yo dije que, ya que se recordaba eso, quería recordar también el movimiento contrarrevolucionario que en Hungría había empezado por los movimientos intelectuales que reclamaban la libertad creadora. [...] Yo creo que es muy importante que los compañeros del Gobierno que hoy tenemos aquí precisen algo que parece que no está claro: hasta dónde existe la libertad creadora y dónde esa libertad creadora se convierte ya en un peligro para la Revolución. [...]

[MARIO PARAJÓN] Yo pedí la palabra en el momento en que el Primer Ministro estaba diciendo que él quería que la pidiera alguien que hubiera tenido o que tuviera miedo. Voy a formular concretamente cuáles han sido mis miedos, y los voy a formular como preguntas también, muy en mi caso, en el temor a que el desarrollo en la producción material del país no coincida con el desarrollo de la inteligencia, debido, en algunos casos, a un criterio excesivamente dogmático en materia cultural. Las preguntas que formulo concretamente, para que sean disipados mis miedos, son las siguientes: En primer lugar: ¿es posible en el futuro interpretar (por la serie de claridades que todos los que nos dedicamos a estas cuestiones) la historia del proceso literario cubano con el criterio que se nos antoje? Quiero decir, ¿con el criterio intelectual que se nos antoje? Segundo: ¿hasta dónde llega, qué límites tiene el criterio de objetividad en estas cuestiones? Aclaro las dos preguntas y digo también, lo más someramente posible, lo que opino de ambas.

En primer caso, a lo que me estoy refiriendo en concreto: es posible que el día de mañana yo pueda pensar que ese fenómeno intelectual que se llama José de la Luz y Caballero se produjo por éstas o por aquellas razones. Y discrepe del pensamiento de cualquier compañero que entienda que ese fenómeno intelectual que se llama Luz y Caballero se produjo por aquella o por más cuáles otras razones.

Segundo acápiteme en esta cuestión: ¿puedo, en un orden superestructural, defender las ideas que yo quiera, hacerme eco de todas las ventajas materiales que trae la Revolución, y negar, por ejemplo, ciertas interpretaciones marxistas que a mí se me pueden antojar mecanicistas?

Hace un rato, algún compañero aquí hablaba de la religión, creo que era Tomás Gutiérrez Alea. Yo soy católico, ¿y si quiero discrepar de Gutiérrez Alea y defender a la religión cuando él quiera atacarla? Gutiérrez Alea tiene todo el derecho a atacarla. ¿Yo también tengo el derecho de defenderla? Es lo que estoy preguntando.

No solamente eso. Aquellos que tienen, en efecto, el derecho en un orden ideológico, filosófico y cultural a expresarse como quieran, ¿tienen también el mismo derecho expeditivo a publicar lo que están pensando? Eso ha tenido en mi caso particular una salida, una auténtica salida, ya que me ha tocado trabajar con personas que han sido partidarias de esa conveniencia. Yo, católico, en un comité de publicaciones junto a un comunista, hemos recibido ambos un artículo de una persona que daba una interpretación muy espiritualista de la Revolución Cubana. Y esa comunista ha sido partidaria de publicar el artículo, y de poner una nota diciendo el criterio de ella. Hemos convivido este católico y esta comunista. ¿Es posible que esto, en una célula minúscula de trabajo en la que yo me muevo, se oficialice y se colectivice, y sirva para todos? [...]

[MODERADORA] Compañeros, la mesa propone que, siendo las diez y media de la noche, y considerando que una discusión de este tipo no se puede realizar de ninguna manera, con agotamiento físico y mental como produce una sesión tan extensa, pasemos ahora a tomar un ligero bufet que está esperando ahí hace rato. Y que suspendamos esta asamblea para continuarla otro día que no será lejano, sino próximo, de acuerdo con el trabajo y las obligaciones del compañero Presidente y del Primer Ministro.